



Antoni Clavé.

Ilustración para un poema de Salvador Perarnau.

121 artistas de la Generalitat Paz en la guerra

En 1937 se iba a celebrar en México una muestra de arte catalán. Organizada por el Gobierno de la Generalitat, y destinada a recabar fondos pro víctimas del fascismo. Pero la exposición no llegaría nunca al país que pronto iba a acoger a miles de trasterrados. El barco que la transportaba cae en manos del Gobierno de Burgos, que incauta —y olvida— su artístico cargamento. Han tenido que pasar cuarenta y tres años para que asistamos al feliz desenlace de aquella historia.

Juan Manuel Bonel

SINGULAR cargamento realmente el de aquel barco: cuadros, esculturas, grabados, dibujos y piezas de arte decorativo. La obra de ciento veintidós artistas, catalanes o residentes en Cataluña, y solidarios con la causa de la República en lucha. Ciento veintidós artistas que enviaban a México un testimonio de que la cultura catalana seguía viva. Ni que decir tiene que, incautadas aquellas obras por fuerzas

franquistas, su destino iba a ser otro: pudrirse en una cárcel del espíritu. No se vuelve a hablar del tema. Tendrán que pasar años hasta que alguien se acuerde de este pequeño episodio bélico. Ese alguien sería Xavier de Salas —catalán de Burgos durante la contienda—, el cual sugiere al Ministerio de Cultura, hace un par de años, que se investigue el paradero del lote incautado. Tras penosas gestiones, el lote, efectivamente, aparece. Pudriéndose, como era de esperar, en los sótanos del Museo de Burgos. Antes de ser devueltas a su legítimo propietario, la exposición que no pudo celebrarse en México ha abierto sus puertas en Madrid. En un local (las salas del Palacio de Exposiciones y Congresos) sito —por una ironía de esas de la Historia— en unas señas que pronto serán sólo un mal recuerdo: Generalísimo, 29.

La primera impresión es un tanto desoladora. Como si penetrásemos en un salón de otoño. La exposición algo de eso debía tener desde su mismo planteamiento, pues ya se sabe que a la hora de la solidaridad, vale el hacer piña, no el aquilataamiento. Para el especialista, lo sugerente es precisamente

zonte trazado por D'ors y por el *noucentisme*, estén con la causa popular. Lo único excepcional es la continuidad. Seguía siendo aquel, en plena guerra, un mundo de saber hacer, de arquetipos, de calidades sin sorpresas.

El grueso de la muestra lo constituyen los *noucentistes* (Obiols, Nogués, Clará, Casanovas) y sus continuadores (Villà, Mercadé, Gausachs, Benet, Serra, Rafols, Creixams, Fenosa, Sisquella, Domingo), más algunos poscubistas (Martín Durban, Castedo) y algunos jóvenes más tentados por la modernidad (Junyer, Clavé, Pedro Flores).

Por su calidad, cabe destacar la vista portuaria de Castedo, la "Plana" de Porcar, el tríptico de Fenosa, los sombríos cuadros de Calsina, la excelente marina de Prim, el cuadrito en grises de Lluís Güell. Por lo inesperados y extraños, los tres cuadros morunos del olvidado Viladrich. Por lo *feos*, sin lugar a dudas, los esperpentos de Sabater, "el pintor de las brujas" como se le conocía por Montparnasse.

Poca novedad expositiva, pues, en esta muestra. Una ocasión para ver o volver a ver el arte catalán *convencional* de las tres primeras décadas; para re-

524



Xavier Nogués.

"Cargar con el muerto" (dibujo).

eso: ver un conjunto "congelado" en 1937, ver qué variopinta era la pintura de la Generalitat. El profano, en cambio, sin duda hubiera agradecido una cierta poda, una cierta contextualización, un cierto hilo argumental que llevara del paisaje de Olot a la arquitectura poscubista, del ejercicio académico a la ensoñación decorativa. Por lo demás, el mayor inconveniente son las propias salas de exposición. Lo dijimos cuando la exposición Soriano, y no nos cansaremos de repetirlo: este local es un auténtico purgatorio.

En un local de salón de otoño, pues, este salón de otoño de 1937. Quién haya venido a por epopeya, a por encargos de guerra, a por un capítulo inédito de la pintura catalana, se llevará una sorpresa mayúscula. Ni *epos*, ni guerra en sus obras. Ni siquiera vanguardia, que no figuran ni Miró, ni los dalinianos, ni los *logicofobistas*. Lo único excepcional es la circunstancia, el que estos artistas tan de orden, tan poco aficionados a la ruptura, tan apegados al hori-

frescar la memoria y para descubrir a tal o cual pequeño maestro. En este panorama faltan naturalmente los dos o tres "catalanes de Burgos": el gran Pere Pruna, Togores, Durancamps. Gente que, en el fondo, tenía bastante que ver con la cultura de la Generalitat, pero cuya evolución ideológica había llevado a las trincheras de enfrente.

La posguerra significaría la dispersión para este grupo de pintores hoy recordados "gracias" al incautamiento de 1937. Bastantes de ellos emigrarían, formarían parte de la España peregrina: Clavé y Flores, en París; Martín Durban, en Caracas; Gustau Cochet, en Buenos Aires; Giménez Botey, en México; Castedo, en Moscú. Otros se convertirían en símbolos de la resistencia interior: Obiols, por ejemplo, vinculado al reducto liberal de Montserrat. Otros —los menos— elegirían la vía del compromiso y la colaboración: Santasusagna, entre otros, que llegaría a ser uno de los retratistas oficiales de la Barcelona estraperlista. ●